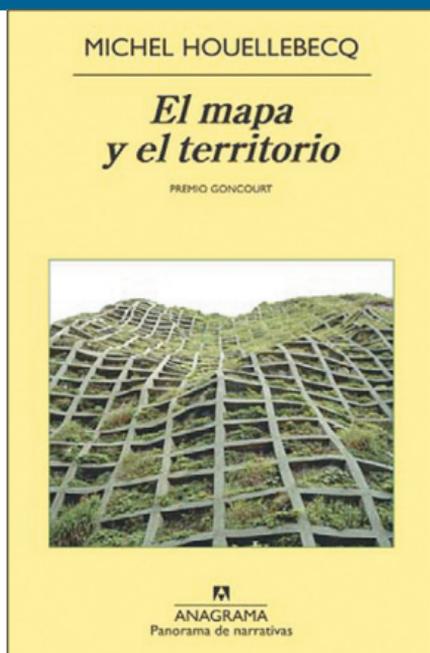


“El mapa y el territorio” Michel Houellebecq

ANAGRAMA



“El Goncourt debe ser un espejo de su tiempo”, aclaraba el pasado noviembre el portavoz de la Academia que concede el galardón más importante de las letras francesas tras recaer este en **“El mapa y el territorio”**. Ciertamente uno de los logros de la nueva novela de Michel Houellebecq reside en su agudeza a la hora de captar la sociedad contemporánea y sus dementes engranajes; y en materia de zeitgeist (polémicas aparte, claro) pocos escritores franceses pueden medirse con el autor de **“Las partículas elementales”**. La sociedad que despliega **“El mapa y el territorio”** está dominada por el dinero y la fama (hasta aquí nada nuevo) y sus síntomas de hipocresía occidental son tan detectables en los circuitos culturales parisinos (con sus galeristas, magnates y agentes de prensa) como en la impostura lírica de esas guías de hotelitos *“con encanto”* de la campaña francesa (con su charcutería fina, su pan rústico y sus vinos caros). Si hay una idea que prevalezca en **“El mapa y el territorio”** es la de que todo (personas, objetos, relaciones afectivas...) es consumo: *“También nosotros somos productos, productos culturales. Nosotros también llegaremos a la obsolescencia”*, sentencia un personaje. Y no por casualidad todo en esta novela parece estar condenado a desaparecer. Su protagonista, Jed Martin, un artista solitario que no tarda en convertirse en el protegido de la famosa casa de neumáticos Michelin por haber elegido fotos de mapas antiguos como eje temático de su obra, decide encargarle el catálogo de su exposición al escritor Michel Houellebecq. Y es aquí cuando al introducirse dentro del relato, Houellebecq empieza a orquestar su propia desaparición (llega incluso a autodefinirse como *“una vieja tortuga enferma”*) y hace virar la trama de una novela esencialmente metafísica al género negro salpicado de gore. La cita del poeta Charles D’Orléans, *“El mundo está harto de mí y yo estoy harto de él”*, que abre la novela está, pues, justificada de principio a fin. Pero no contento con desaparecer del todo, Houellebecq opta por concederse la eternidad a través de su propio retrato valorado en millones de euros, obra de Jed Martin, y que lleva por título **“Michel Houellebecq, escritor”**. De este modo el autor consigue colocarse al nivel de artistas globales vinculados al negocio y tan ‘dudosos’ como puedan serlo un Damien Hirst o un Jeff Koons. Eso sí, siempre estirando al límite, y de manera magistral, las posibilidades de la autosátira.

Laura Gamundí

